



Miguel Hernández

Miguel Hernández

(1910
2010)

*Miguel Hernández,
quédate entre*

nosotros El tremendo
infortunio padecido por

Miguel Hernández en su cortísima
(1910-1942) acabó transformándose, a la
generaciones, en fortuna literaria. Digo esto

porque no a todos los
poetas les toca en suerte ser reconocidos como autores de unos cuantos textos míticos
—“Elegía a Ramón Sijé” y “Nanas de la cebolla” serían paradigmas— a los que sus
devotos, a fuerza de memorizarlos y de difundirlos, les han otorgado una vitola de sa-
cralidad. Así es cómo aquel muchacho de Orihuela, terco en su vocación literaria y
portavoz de un tiempo malherido, ha pasado también a pertenecer al futuro. Me
atrevería incluso a decirles a las nuevas generaciones que Miguel es mucho más suyo

que de sus bisabuelos. Aquellos lo vieron inmerso en una
historia por cuyos desgarros parecía írsele la palabra —como
sucedió con tantos poetas atados a la actualidad más ra-
biosa- por los desagües de lo puramente coyuntural. Pero Miguel Hernández sabía,
con Antonio Machado, que el poeta que quiere ser muy de hoy corre el riesgo de no
ser de mañana. Y sabía cómo evitarlo. La clave consistía en desplazar siempre

Miguel Hernández

Miguel Hernández

—hablara de lo que hablara— todo el interés del poema hacia el plano formal. No en vano, el de Orihuela ha sido uno de los poetas de más rigurosa formación clásica —en cada verso suyo cabe todo el Barroco— que ha conocido el siglo XX español. Esa preparación minuciosa, que tantas veces se desdibuja para insistir en el pastor espontáneo y agreste le permite hacer una taracea verbal absolutamente espléndida. Hoy sigue admirando por su dominio del ritmo, por su creatividad metafórica y por su grandeza expresiva. Su escritura siempre asciende a la categoría desde la anécdota y lo que parecía trivial se transfigura, por obra y gracia de una lengua poética personálísima, en sublime. A mi juicio, esto es lo que hace a Miguel distinto de todos los demás poetas: esto y la capacidad de instalarse en el poema con la espesura entera de su sangre. Al leerlo, arraiga en el lector la certeza de que nada allí es falso: la persona de carne y hueso desplaza al personaje que quisiera ocupar la escritura y engañarnos con su apariencia de maniquí, con su pulsión sintética.

Rigor y verdad: he aquí la fórmula poética de Hernández, la marca de su casa-poema. Todo lo que esa obra tiene de ineludible —de *El rayo que no cesa* a *Viento del pueblo*, de *El hombre acecha* a *Cancionero y romancero de ausencias*— viene marcada a fuego por esas dos pasiones: la pasión idiomática y la pasión vital. Fuera de ellas no hay escritura que perdure. La primera de las dos hunde sus raíces en la lengua de la tribu: la que hablaron y escribieron Góngora y Calderón, la que hablaron y nunca supieron escribir los hortelanos de Orihuela. La segunda de las pasiones —la del amor, la de la vida, la de la muerte— baja a los solares del espíritu, allí donde el hombre queda desnudo de sus máscaras. Por eso, Miguel nos pertenece tanto a todos: porque fue de tan de su tiempo y tan intemporal.

Hacia ese tiempo aún por venir (“porvenir de mis hueso y de mi amor”), tan espeso de jóvenes y de utopías, deben arrastrar los versos hernandianos todo su sedimento ético. Hace mucha falta una voz que siga recordando, en medio del adocenamiento común, valores como la libertad, el compromiso con los vejados por la vida (o por los usurpadores de la vida), la devolución de la naturaleza a su sitio sagrado, la rectitud como norma de conducta personal y comunitaria, el coraje cívico, la cercanía sin condiciones a los santos inocentes: “Me duele ese niño hambriento / como una grandiosa espina, / y su vivir ceniciento / revuelve mi alma de encina”. Así pensaba y escribía Miguel Hernández. Su palabra no es sólo de ayer, no es sólo de hoy: antes al contrario, conocerá su plenitud cuando vayan llegando lectores que ni siquiera se han puesto aún en camino.

Antonio Sánchez Zamarreño

Poeta y profesor de Literatura española de la Universidad de Salamanca. Ha publicado estudios sobre la poesía de Luis Rosales y José Hierro, entre otros autores. Como poeta, ha publicado: Fragmentos del romano (2003), Celebración del abismo (2007), El paladar a la intemperie (2009).

Este poema lo escribió Miguel Hernández en septiembre de 1939, estando ya preso en la cárcel madrileña de Torrijos, al ser sancionado por no cantar con atención suficiente el «Cara al Sol». La escoba hecha del arbusto de mirto tan gongorino, objeto humilde —como la humilde cebolla de las Nanas—, se convierte en metáfora de su resistencia, evocando la alegría, la inocencia de una juventud que asciende como la palmera, y se hace oír, aun en el silencio.



Ascensión de la escoba

Coronada la escoba de laurel, mirto, rosa,
es el héroe entre aquellos que afrontan la basura.
Para librar del polvo sin vuelo cada cosa
bajó, porque era palma y azul, desde la altura.

Su ardor de espada joven y alegre no reposa.
Delgada de ansiedad, pureza, sol, bravura,
azucena que barre sobre la misma fosa,
es cada vez más alta, más cálida, más pura.

¡Nunca! La escoba nunca será crucificada
porque la juventud propaga su esqueleto
que es una sola flauta, muda, pero sonora.

Es una sola lengua, sublime y acordada.
Y ante su aliento raudo se ausenta el polvo quieto,
y asciende una palmera, columna hacia la aurora.

*Cancionero y Romancero de ausencias
(1938-1941)*

Miguel Hernández

Miguel Hernández

Miguel Hernández

Miguel Hernández



Este pliego acabose de imprimir el 30 de octubre de 2010,
en Vitigudino (Salamanca), como homenaje
del Instituto de Educación Secundaria "Venancio Blanco"
al poeta Miguel Hernández en el centenario de su nacimiento.



Venancio Blanco

Miguel Hernández